

Editorial

La construcción de saberes en el mundo no oficial

La construcción de saberes es un proceso histórico, y por lo tanto atravesado por las contradicciones, los conflictos, las violencias, las esperanzas, los sueños de aquellos que los crearon. Son las respuestas que los hombres se han dado ante las incertidumbres del cosmos y de la vida. Se mezclan con las condiciones históricas en las que nacen, y, por tanto, cumplen determinado rol social. Esos saberes son una producción humana. Nacen condicionados por su realidad concreta. A su interior se inscriben los temores y las esperanzas, los delirios y los mitos de una sociedad determinada. La construcción de los saberes están inmersos en relaciones de poder y de dominación que les impide ser neutrales.

Los saberes, para los pueblos del Abya Yala, era parte de su vida, de su estructuración social, de su entramado histórico. Las respuestas que se generaban se vinculaban a la producción de la vida social, y se concatenaban coherentemente dentro de un orden terrenal y sagrado, divino y profano. Esos saberes fueron brutalmente destruidos en el proceso de conquista y en la colonia. Las nuevas elites comprendieron que el control del saber posibilitaba el ejercicio del poder. La recuperación de los saberes antiguos podía ofrecer respuestas, abrir caminos y señalar nuevos rumbos a los pueblos conquistados en su lucha por la liberación. Era necesario, entonces, destruir toda posibilidad, todo resquicio de un saber diferente a aquel determinado desde las condiciones de poder.

Esa tarea sistemática, brutal, violenta de destruir el saber ancestral era el correlato de aquella otra por la cual la población aborígen era subyugada a las nuevas condiciones económicas y sociales. No solo había que dominar los cuerpos sino también sus "almas". Incluso el debate de la existencia del "alma" humana y por tanto el reconocimiento a su condición ontológica de seres humanos, estuvo matizada por las nuevas consideraciones de poder y dominación emergentes a raíz de la conquista europea. Finalmente los criterios económicos fueron determinantes para que sea reconocido el status ontológico de seres humanos. Si los indios tenían alma entonces eran seres humanos, y si eran seres humanos entonces podían pagar impuestos a la corona. La matriz conceptual que hizo posible este debate y estas conclusiones se mantienen intactas y relevan, justamente, de la modernidad y el capitalismo.

Pero para los conquistadores esa alma de los indios era un papel en blanco en el cual se debían inscribir y registrar los designios de la voluntad divina. Esos designios fueron inscritos sobre la piel con una violencia jamás vista en la historia. La tarea de escribir en ese papel en blanco implicaba borrar todos los imaginarios simbólicos, todos los referentes, todas las posibilidades ideológicas de los pueblos conquistados. De ahí la sistematicidad por destruir todo rastro cultural que posibilite un reconocimiento de la memoria ancestral.

Destruir una cultura es destruir su memoria. Un pueblo sin memoria es un pueblo sin raíces históricas y sin capacidad de respuesta. Es un pueblo que puede ser fácilmente sometido. La resistencia acude justamente a la recuperación de la memoria para construir el futuro. Es desde el reconocimiento del pasado que puede ser entrevisto el futuro. Pero, dónde encontrar esos referentes de la memoria histórica? Cómo reconstruir nuevamente los significados, las respuestas, los códigos que den cuenta

del mundo nuevo desde la voz, la presencia y la sabiduría de los ancestros? Qué mundo construir ahora, luego de cinco siglos, con qué referentes, bajo qué condiciones?

Los saberes ancestrales, a pesar del proceso de conquista, a pesar de toda la sistematicidad evidenciada en su destrucción, han pervivido en los pliegues de la memoria. Se mantienen aún esas explicaciones fundamentales de la vida, del cosmos y de la naturaleza. Ha sido y es un proceso de resistencia doloroso, difícil, complejo.

Son saberes que no gozan del status de ciencia desde el mundo no oficial. Son conocimientos que tienen una matriz epistemológica pero que no ha sido elaborada teóricamente para dar contenidos de ciencia al conocimiento ancestral. Es cierto que se trata de una matriz epistemológica diferente a aquella que nace desde la modernidad occidental. Pero también es cierto que se trata de una posibilidad humana por conocer y explicar el mundo y que como tal tiene derecho y legitimidad a reclamarse y reconocerse como ciencia.

De todas maneras, es un proceso que está en sus inicios. Ha sido gracias a la ruptura y a la presencia de fisuras dentro de los paradigmas de base de la modernidad occidental, que se ha podido entrever la posibilidad de construir un conocimiento humano que incorpore la diferencia, la asuma y pueda integrarla coherentemente dentro de su cuadro teórico de explicaciones del mundo y la realidad.

Empero de ello, el conocimiento que se presenta como aquel único de gozar del status de ciencia, mantiene a su interior profundas contradicciones y graves tensiones y conflictos. Es un conocimiento transido por desgarraduras existenciales que ponen en entredicho su valoración ética y sus posibilidades históricas a futuro.

En la sociedad que emerge desde la modernidad y el capitalismo, el espacio del saber es un espacio reservado, con puntos de referencia obligados y con coordenadas establecidas en las que se mueven aquellos que el sistema reconoce como detentadores del saber.

En una sociedad en la que el conocimiento se articula a la dominación, el saber es también poder, y el poder necesita del saber. La dupla saber-poder, nace desde el inicio de la modernidad occidental y el capitalismo. Si el saber está relacionado con el poder, entonces la ciencia no es inocente. No es neutral. Puede ser que los contenidos de verdad, que las formas que asume su axiomática o su episteme estén fuera de toda conflictividad social, o, al menos, parezcan estarlo. Pero dadas las actuales condiciones de poder a nivel planetario, el saber dista mucho de la neutralidad.

La relación del saber con las condiciones de la acumulación del capital quizá puedan ser apreciadas en la descripción del genoma humano. Tarea que por sí sola demuestra el avance del conocimiento humano, y que debería ser motivo de orgullo para la humanidad. Pero tal como están las cosas, el descubrimiento del mapa genético humano causa aprehensiones que encubren un cuasi terror.

En efecto, para la industria farmacéutica transnacional, este descubrimiento científico es la oportunidad de oro para negocios cuyos montos escapan a toda imaginación. El genoma humano en manos de las transnacionales de la medicina y la farmacéutica es una amenaza al ser humano en cuanto tal.

La relación de la ciencia y la tecnología con su historia ha sido muchas veces cuestionada. Quizá su cuestionamiento más profundo se lo hizo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se descubrió con asombro y horror, los campos de

exterminio nazi. En esos campos de exterminio no impacta tanto la crueldad como la racionalidad. Son campos de exterminio hechos de tal manera que la relación costo-beneficio tan cara al capitalismo, es la episteme misma del campo. Nada se desperdicia. Todo está en orden. Todo está clasificado. Nada de desórdenes, de gritos, de improvisaciones, de desgastes físicos y humanos.

La tarea de exterminar millones de seres humanos se hizo desde la misma matriz teórica y conceptual con la cual se fabricaban alimentos, vestidos y armamentos. Se trataba, para los nazis, de una operación técnica que se subsumía de su propuesta política. Los campos de exterminio nazis tienen toda la racionalidad de una fábrica, incluidos los criterios del fordismo y el taylorismo.

Pero lo que causó indignación fue el hecho de que las principales fábricas alemanas, hayan dado toda la ayuda y todas las soluciones técnicas al gobierno nazi en su tarea del exterminio humano. Allí constan IG Farber, o Bayer, quienes idearon los químicos utilizados en los "baños de la muerte". El conocimiento tecnológico fue utilizado para una finalidad perversa. Pero esa utilización está en la esencia misma del capitalismo, y se adecua a la formación categorial propia de la modernidad.

En el capitalismo la relación costo/beneficio, que es el rasgo ontológico del homo economicus, es la base sustancial, es el fundamento del contrato social del capitalismo. Esa relación costo/beneficio, que en realidad es toda una cosmovisión y todo un proyecto civilizatorio, impregna y atraviesa todas las posibilidades humanas al interior del capitalismo. Si el homo economicus hace ciencia, la hace dentro de un contexto determinado y en el cual su conocimiento será el privilegio de la institución o la empresa transnacional que financió su investigación. A pesar de que su aporte comprenda a todos los seres humanos, y que sea en realidad un producto histórico, la apropiación individual de ese conocimiento y su posterior aprovechamiento con fines comerciales es parte de la dinámica del sistema.

Es cierto que existen universidades públicas, institutos de investigación financiados por entidades gubernamentales, pero también es cierto que estas instituciones son parte de un contexto histórico del cual les es difícil abstraerse. El saber, definitivamente, es poder. Se ejerce, se estructura y se impone como tal. El saber es el patrimonio de las instituciones a las cuales el sistema ha otorgado el reconocimiento del saber. Puede ser que el saber sea generado por toda la sociedad, pero el uso, la administración y la aplicación de ese saber se somete a coordenadas establecidas por el poder.